

CAPÍTULO V.

Continuacion del precedente. — La Familia pobre.

Hasta aquí hemos trazado el cuadro de la sociedad doméstica en las clases altas. Para juzgar con acierto las doctrinas protestantes, es preciso verlas obrar en las clases inferiores de la sociedad inglesa. La historia está ahí con su implacable autoridad para manifestar al mundo entero la felicidad del pueblo inglés antes de la Reforma, y la horrible miseria y la degradacion, mas horrible aun, que han seguido á esa fatal época. Los ministros anglicanos han puesto en el *index* las obras de Cobbet, Rubichon, y Tomás Moore; pero no han refutado ni podido refutar los hechos que denunciaban. Y es, que lo primero era mas fácil que lo segundo. Sin entrar aquí en detalles impropios de esta obra, hay un hecho cierto y conocido de todos: que el Protestantismo jamás ha sabido intervenir entre el pobre y el rico malo. Entre la miseria y la opulencia ha abierto un abismo. El pauperismo de una parte, y la contribucion para los pobres de otra, tales son sus obras, tales los lazos de union que ha sabido establecer entre el que todo lo tiene y el que nada tiene. En parte alguna veréis la explotacion del hombre por el hombre, ejercida con tanta barbarie como en Inglaterra.

«Cuando, dice un historiador nada sospechoso, se penetra en los cuarteles de Lóndres, esa metrópoli del mundo industrial, ese bullicioso papazgo de la materia, se asombra y espanta el espíritu á la vista de ese gigantesco poder de la mano del hombre, á la vista del prodigioso acrecentamiento de vida que los hombres han infundido por todas partes. Parece que la misma materia esté animada, y que, arrebatada por un insensato delirio de accion, se haya echado á andar, á dar vueltas, á trabajar, á rebullirse en todas direcciones y sentidos. No hay una ola que no lance espuma bajo la rueda ó la quilla de los buques. Por do quiera se oye la respiracion del cobre, el choque del hierro contra el hierro, el chillido de las poleas que cargan ó descargan las mercancías. Vense alzar por todas partes esas columnas de humo, ardiendo aliento de las chimeneas, que se levantan de esos talleres en que subiendo y bajando los brazos de los émbolos comunican

«arriba y abajo, cerca y léjos, un movimiento rápido y múltiplo que hace dar vueltas á las ruedas con frenesí, que muerde y devora el hierro, y hace pasar diez mil hilos por la trama de los tejidos.

«No es ya la vida, es la fiebre que circula por las venas de ese mundo industrial. El hierro no necesita descanso, el fuego no se apaga. Mucho antes de amanecer, mucho despues de anochecer, las mujeres, los ancianos, los niños, sostienen aun hasta á la postracion, hasta á la muerte, esa lucha impia de la carne con el acero. Y como si sobre la tierra no hubiese espacio bastante para ese desarrollo del trabajo, húndese el hombre en el suelo con una lámpara en la mano, y remueve toda la capa de la tierra y hasta sus mas horribles profundidades; y esta vida del centro de Inglaterra, ese perpétuo movimiento, irradia á la circunferencia, se despliega y se extiende á todos los mares y á millares de leguas de distancia.

«¿Sabeis ahora por qué jamás se extingue el fuego; por qué se eleva al cielo ese inmenso chirrido de ruedas y cilindros; por qué trabajan esos millones de hombres; por qué dan vueltas todas esas máquinas; por qué se abren las olas; por qué se esparcen por la superficie las entrañas de la tierra; por qué no tienen nuestros relojes minutos bastante cortos para medir la rapidez de tantos movimientos que se cruzan, que huyen, que se persiguen; por qué marchan las escuadras al soplo de todos los vientos; por qué perecen tantos millares de hombres en la tempestad, en los hundimientos de la tierra, en las largas enfermedades de un trabajo insalubre? — Para una obra, seguramente, divina, de que la Providencia debe glorificarnos... ¡Para que mil familias vivan en lo supérfluo y la orgía, mueran de gordura, ó se suiciden de fastidio en el Continente!!!»

El Protestantismo, religion del *yo*, ha producido, pues, en Inglaterra el egoismo mas monstruoso. Y del egoismo del rico han nacido la miseria y el embrutecimiento del pobre; y es con lágrimas de sangre que es preciso escribir la historia de la familia indigente en esa tierra clásica de la civilizacion. Id á Birmingham, á Manchester, á Liverpool, penetrad en esas inmensas manufacturas, y al través de espesas nubes de humo negro é infectado, ved funcionar como máquinas á esos millones de ilotas: es el pueblo

inglés. Para conocerle bien, no os detengais á mirar ni su cara escuálida, ni su color pálido, ni los variados y numerosos productos de su industria; examínadle en su vida moral, en el seno de su familia. ¡Qué repugnante espectáculo!

Allí el despotismo del marido se lleva hasta á la venta, á la venta pública de su compañera. Los periódicos ingleses de estos últimos años han traído varios casos de ese increíble hecho. ¡Mujeres llevadas al mercado por sus maridos, y vendidas por ellos! Cuando no hubiese mas que este hecho, inaudito en los anales europeos desde el establecimiento del Cristianismo, bastaría para formar idea de la perniciosa influencia del Protestantismo. El niño ha sufrido la misma suerte: su vida moral ha sido descuidada. Apenas se cree, así lo parece al menos, que tenga una alma; ¡tan descuidada está su educación! Confundidos los sexos entre sí, son arrastrados á una corrupción precoz, sin que se trate de prevenirla ni retardar sus efectos. La educación moral y religiosa se reduce á algunas instrucciones dadas en los domingos en algunas horas robadas á la necesidad de reposo y de distracción que tienen esas miserables criaturas entontecidas por un exceso de trabajo y reducidas al estado de máquinas, de las que no son sino accesorios obligados.

Las leyes y las pasiones conspiran contra su vida física. ¿Por ventura no ha propuesto un jurisconsulto inglés que se prohibiese á los pobres no tener mas que cierto número de hijos? ¿Y acaso los homicidas principios de Malthus no están menos inscritos en las costumbres, porque no lo estén en las leyes? La violación de las mas santas leyes de la naturaleza, el infanticidio y la exposición, ¿no son sus mas fieles ejecutores? Nace el hijo; pero nace en el pueblo inglés como nacía en Roma; cosa vendible, vivirá; pero como vivía en Roma, esclavo de su padre ó del dueño á quien le ha entregado. Vengamos á los hechos.

«Una joven de Manchester, decía no há mucho un periódico inglés, ha vendido su hijo por veinte y cinco francos para comprar pan. Terminado y cerrado el contrato, reflexionó el comprador que había hecho un mal negocio, corrió tras la madre, y «la pidió su dinero¹.» Si la ley prohíbe esta venta declarada, cierra los ojos sobre una especulación no menos culpable. Es notorio

¹ *Standart*: junio 1837.

en Inglaterra que los obreros y los pobres especulan sobre las fuerzas, sobre la salud, sobre el sueño de sus hijos. Tan luego como puede ser comprado, el hijo del pueblo es vendido, vendido á los industriales que lo explotan con implacable rigor. Cierta es que la ley prohíbe admitir á los niños en las manufacturas hasta la edad de ocho años; pero el modo mismo con que se debe probar esa edad, permite eludir la ley. Así es, que en Inglaterra los niños pueden ser admitidos en las fábricas antes de la edad de ocho años; porque un médico está encargado de declararles capaces, y puede hacerlo segun mejor le parezca¹. Este límite raras veces respetado por el egoísmo de los padres, es violado con frecuencia por el Estado. Cuantas veces Inglaterra nos es superior por su industria, pone límites á la edad y los observa, porque no teme la concurrencia. Pero en cuanto se manifiesta su inferioridad, quebranta la regla, y permite tácitamente que se ocupen niños menores de ocho años en la fabricación. Esto se realiza en las manufacturas de seda, por ejemplo².

¿Cuál es la suerte de esos infortunados niños en esos talleres, las mas veces húmedos y malsanos? Encerrados en ellos, durmiendo por la noche en una especie de hamaca encima del mismo telar para ahorrar sitio, pasan toda su vida en el trabajo. Vedles transformados en máquinas: se convierten en parte integrante de su taller, como su taller forma parte de ellos mismos: ellos y su taller no son mas que un todo que funciona: son el alma de ese taller, pero por su parte carecen de ella. ¡Héte aquí, ángel de la tierra, parecido á la araña que teje su tela! La araña procura coger insectos para vivir; ella obedece á su instinto, no está dotada de inteligencia. Y tú, desventurado niño, tú tejes tela para alcanzar la patata, ó un pedazo de pan y queso que forman tu alimento de cada día. La araña come sola el producto de su caza; el niño inglés se ve arrebatarse la mejor parte de su sobrado penoso trabajo por sus padres y por sus amos que lo explotan en comun.

Esta dura expoliación no basta á su codicia. Cuando ha trabajado *doce horas* al día, cuando cae de cansancio y de sueño, se le despierta y excita á golpes. ¿Quién puede oír sin estremecerse á

¹ Discusión del proyecto de ley sobre el trabajo de los niños en las manufacturas. (Diciembre de 1840).

² *Ibidem*.

un noble Lord describiendo la suerte de esos infelices? «Entre una multitud de hechos, dice, conozco á un niño puesto en aprendizaje á la edad de nueve años; en la actualidad tiene diez y siete. Se le hacia trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. Se le ha pegado cruelmente. Los jueces ante quienes fue presentado, despues de haberse salvado de manos de sus verdugos, le han hecho volver á ese taller de caridad. Allí se le impuso el mas rudo castigo. Se le ha apaleado, y á cada golpe se templaba el palo en el agua. Se le ha levantado la carne en algunas partes de su cuerpo. El desgraciado no se veia menos obligado por esto á desempeñar su trabajo diario. El amo le ha metido, saltándole la sangre, en un baño de agua fria; y obligándole despues á ponerse su camisa mojada, lo ha dejado en un patio exterior. Una mujer ha encontrado á ese desgraciado en un estado imposible de pintar; todo su cuerpo era una llaga ¹.»

Á este trato inhumano, el insaciable egoismo añade otro aun, menos bárbaro acaso, pero mas frecuente. Cuando el desventurado niño no puede mas de fatiga, y sus flacas piernas no pueden sostenerle, se las meten en unas botas de hoja de lata á fin de que pueda permanecer de pié y continuar su trabajo ².

Postrados antes de tiempo por un trabajo excesivo verificado en lugares insalubres, acompañado de crueles tratamientos y de privaciones diarias, educados esos infelices sin conocer ni Dios, ni religion, ni deberes, acaban de consumir sus fuerzas por prematuros excesos. ¿Qué es entonces de ellos? porque no creais que los guarde el codicioso industrial, ahora que para nada sirven. Tampoco creais que los padres, que los han vendido, se encarguen de alimentarlos con el sudor de su frente. Mas desdichados que el esclavo romano, que hallaba en casa de su señor una túnica para abrigarse, un poco de pan y sal en sus enfermedades ó en su ancianidad, esos hijos de cristianos, gastados antes de tiempo, mueren de hambre la mayor parte: el hecho es literalmente verdadero. Reuniéndose á veces en grupos, se presentan á los castillos de la industria, cuyos poderosos señores devoran en el continente los sudores del pobre. Apremiados por la necesidad, piden pan en tono amenazador, y se les contesta á fusilazos. Así como el an-

¹ Discurso de lord Ashley en la cámara de los Comunes. (Febrero de 1843).

² Discusion de la ley sobre el trabajo.

terior, este increíble hecho está consignado en los periódicos ingleses. Llevados, en fin, por la desesperacion, van, aunque raras veces, á llamar á las puertas de los *work-houses*, ó casas de trabajo.

Sobre las dulzuras de esos asilos, digna invencion de la filantropía, oigamos á uno de nuestros economistas que los ha visto de cerca. «El sistema protestante, dice Mr. Blanqui, parte de un hecho implacable formulado por Malthus: este sistema pretende que la poblacion aumenta en mayor proporcion que las subsistencias; que hay excedente de poblacion; que de ahí proviene la concurrencia, y que no hay otro medio sino contener los progresos de la poblacion. Dice á los pobres: «Vosotros teneis la culpa: ¿por qué habeis nacido? ¿Por qué habeis venido á pedir vuestra parte en el banquete de la vida, cuando nosotros ocupamos ya todos los asientos? Sin embargo, nosotros somos generosos, caritativos; nosotros os daremos pan; pero observad bien que no teneis ningun derecho á él, que todo es pura generosidad nuestra; no os quejeis, pues, si os damos poco, porque será aun mas de lo que os debemos.» Y esto dicho, el sistema protestante en Inglaterra envia á los pobres á los *work-houses*, á esas seiscientas cárceles que se han levantado para reprimir la miseria, y para suplir á la contribucion de los pobres. ¿Cómo están allí esos infelices? No es necesario que estén bien; no es necesario tampoco que estén allí ni siquiera de un modo soportable; porque tal es la miseria de su libertad, que se echarian á centenares en esas cárceles, y no se podria ni darles pan, ni habitacion. Es preciso, pues, inventar medios que retraigan, es preciso que el pobre tiemble delante el cruel socorro que se le ofrece, y que pague en tormentos la caridad que se le dispensa.»

«Sí, esto se ve en Inglaterra; se ven siete ú ocho personas graves, instruidas, ricas, buenos hijos de la clase media, administradores de caridad, reunirse en torno una mesa y sentar el problema... ¿Qué problema? El de resolver cómo se quitará á los pobres el deseo de entrar, sin una necesidad imperiosa, en los asilos que se les han abierto; cómo se les amargará el pan, para así convertir en suplicio el pretendido beneficio. En cuanto quieren entrar en la casa de trabajo, se separa al marido de la mu-

«jer, á los hijos de la madre; se les quita hasta su nombre; se les «hace trabajar en la rueda (*tread-mill*), en esa rueda bárbara que «les obliga á andar como bestias de carga; se resucita de propó- «sito para ellos el trabajo de los esclavos de la antigüedad. Así, «matar de uno ú otro modo, por el hambre, ó por el tormento, «contener violentamente la fuerza de esa poblacion que progresa «en proporcion geométrica; hé aquí todo lo que el sistema pro- «testante ha sabido inventar para los pobres.»

Tal es el estado de la familia inglesa en las clases inferiores. El olvido de las santas leyes de la union conyugal, el sensualismo grosero sustituido á la alta moralidad cristiana, el envilecimiento de la mujer, la esclavitud y el embrutecimiento del niño, fórman los caracteres principales de este cuadro. A los ojos del observador reflexivo, á quien no deslumbran soberbias apariencias, ¿qué es, pues, ese pueblo inglés, cuya familia ha caido en un estado tal de degradacion? Lo que era la antigua Roma bajo los Césares; un moribundo cubierto con brillante traje.

En efecto, médicos, como los que nuestra época necesita, han tomado el pulso al enfermo; estadísticos han evaluado por A + B lo que quedaba de vida al pueblo inglés; y han reducido á cifras su estado moral. Se diria que han formado el presupuesto de los crímenes y de las lágrimas. El Protestantismo, y los pueblos que ha hecho á su imágen, son juzgados ya de la manera mas soberana por un siglo como el nuestro; son juzgados por la regla de tres; lógica sublime para inteligencias que solo comprenden la cotizacion de la Bolsa. ¿Quereis conocer las consultas de todos esos hombres del arte? leed las obras de MM. de Beaumont, de Ville-neuve, y Rubichon. Si el tiempo no os permite profundizar ese estudio, podréis fiaros en los siguientes datos: tienen la ventaja de ser dados por los mismos ingleses.

En sus investigaciones estadísticas para el año de 1827, el *Staterman*, diario de Lóndres, se expresa de esta manera: «El número de hijos ilegítimos está evaluado á ocho por ciento, segun «un documento publicado por una comision del Parlamento en «1827. Otro documento publicado por Francisco Courbeaux, fija «el número de los bautismos en 1820, á 318,190; deduciendo ocho «por ciento, el número de los hijos legítimos seria de 301,934. Re- «sulta de ello que los hijos ilegítimos forman mas de la duodécima

«parte de los nacimientos; mientras que segun los documentos ofi- «ciales publicados en Francia forman solo en ella la *décimatercia*. «En Francia el número de criminales condenados en 1826 fue «de 19,556, sobre una poblacion de treinta y un millon de almas; «en Inglaterra este número se elevó el mismo año á 16,147, sobre «una poblacion de doce millones ochocientas mil almas; lo que «da para Francia un condenado sobre cada 1,600 individuos, y «para Inglaterra uno sobre cada 800. En otros términos: *hay do- «ble número de criminales en un millon de ingleses que en un millon de «franceses*. Nuestro objeto, añade el *Staterman*, no es el de rebajar «á John-Bull, sino el de procurar que no se burle de las flaque- «zas de sus vecinos. Cuando verse la cuestion sobre la inmoralidad y el crimen, piense en su progenitura anual de 30,000 hijos «ilegítimos y en sus 16,000 condenados; y cálese.»

Una memoria presentada en la Academia de Ciencias en octubre de 1843, y apoyada con documentos, prueba que en Inglaterra la progresion del crimen es verdaderamente espantosa. Cada año son llevadas á los tribunales de Lóndres cerca de 70,000 personas; y mientras que Francia cuenta un *acusado* sobre cada mil novecientos habitantes, Inglaterra cuenta un *criminal* sobre cada quinientos moradores; esto es, cerca de *cuatro veces* mas que Francia, en poblacion igual.

Una estadística de este mismo año nos enseña algo de mas humillante aun; y es, que Inglaterra y la vieja Europa se embrutecen en la crápula: se diria que es el mundo de Tiberio y de Helio-gábalo, gastando por la intemperancia las últimas facultades de su razon y las últimas fuerzas de su cuerpo. «Por todas partes se «llenan en Inglaterra, dice una estadística de 1843, de jóvenes de «ambos sexos de seis á diez y seis años de edad, los *Gin's shops*, «y las niñas no salen de las inmundas tabernas para las cuales se «las educaba ya en el seno de sus mismas madres, y á las que se «las lleva á viva fuerza, sino para entregarse, embriagadas y em- «brutecidas, á crímenes espantosos, desde la edad de once á doce «años.

«La necesidad de licores fuertes es tal, y la pobreza tanta, que «no pudiendo pagar el winskey, el obrero inglés bebe láudano. «En Francia los padres compran opio para hacer dormir á sus «hijos, mientras que ellos están bebiendo en las tabernas. En Lón-

«dres, se recogen por término medio, al año, mas de 30,000 individuos muertos de borrachera, y se calculan en 100,000 los habitantes de esa ciudad dados á la embriaguez. En Edimburgo la proporción es mucho mayor. Sobre 55,000 habitantes, la policía consigna mas de 8,600 casos de borrachera; ¡cerca de un borracho por cada seis habitantes! En Irlanda la intemperancia llegaba al último término, segun se desprendia en 1836 de la cifra del consumo. Irlanda con la mitad menos de población que Inglaterra, consumia entonces cuási la misma cantidad de bebidas espirituosas. En estos últimos tiempos la influencia de M. Mathew, apoyada por los esfuerzos de O'Connell, han disminuido algo el mal.

«El aumento en el consumo de las bebidas espirituosas es enorme. Desde 1820 á 1836 ha subido en los tres reinos, en la siguiente proporción:

«De 44 por 100 en Inglaterra;

«De 240 por 100 en Escocia;

«De 290 por 100 en Irlanda.

«El Reino Unido consume anualmente 1.600,000 hectólitros de bebidas espirituosas que importan 24.000,000 de libras esterlinas.

«Es la Inglaterra, esa nación la mas poderosa, la mas industriosa, la mas rica, la que presenta la llaga mas hedionda. Sin embargo, los otros países la siguen tambien de muy cerca en esa gloriosa carrera de progreso.

«Mientras que se triplicaba en Inglaterra el consumo de las bebidas espirituosas, vemos elevarse el número de condenados por crímenes de 13,803, que era de 1812 á 1818, á 31,432 desde 1826 á 1832; y subir los gastos de policía de 692,000 libras esterlinas, á 1.869,000. En Francia la última memoria sobre el estado de la criminalidad atribuye 242 muertes violentas y 433 suicidios al uso inmoderado de las bebidas.

«En Alemania, nacimientos ilegítimos, ofensas, riñas, heridas, muertes, suicidios, todos los desórdenes, en fin, coinciden con el aumento en el consumo de licores; y en Bélgica se ha podido comprobar que el acrecentamiento de una tercera parte en las riñas, en 1836, ha coincidido con una considerable rebaja en el precio del aguardiente.¹»

¹ Estadística publicada en 1844.

Tal es el mal, que va invadiendo con espantosa rapidez las sociedades y ciudades mas ricas, mas adelantadas, mas gloriosas. ¿Cuál será el remedio? ¿Cuáles se han propuesto y empleado?

¿Abandonaremos á Inglaterra bajo estas tristes impresiones? ¡Ah! para consolar el alma dolorida con el tan repugnante espectáculo que acaba de presenciar dirijamos nuestras miradas hácia los tranquilizadores signos que brillan en el horizonte. Cuando Ezequiel miró el valle de la muerte, lo vió cubierto de huesos; ningun signo de vida se vislumbraba en él. Pero siéntese de súbito el soplo del Señor, y hé aquí que esos huesos se agitan, se acercan, y cobran vida; se cubren de carne y piel, y se desperta ese pueblo de muertos, se levanta sobre sus piés, y se presenta como un grande ejército. El soplo del Catolicismo se hace sentir desde algunos años en Inglaterra, y agita esa sociedad asesinada por la duda, y sepultada en el materialismo. Algunas nobles almas se han despertado; y el primer uso que han hecho de su nueva vida, ha sido el de conjurar el espíritu del Señor para que animase esos muertos. Se deja oír ya un gran movimiento en esos huesos blanqueados. Parece que la vida vuelve. ¡Vuelva con tal fuerza que la nación entera resucite, y que hecha de nuevo católica, Inglaterra recobre el glorioso título que sus virtudes la habian adquirido! Politicamente hablando, el volverse católica es hoy una cuestion de vida ó muerte para Inglaterra. ¡Gran Dios! ¡dadla inteligencia y valor! Luzca vuestra misericordia donde ha lucido el pecado. Y cuando Inglaterra y Francia hablarán el mismo lenguaje, cuando la primera se habrá hecho católica y la segunda será cristiana, ¡entonces, Dios mio, veremos maravillas! ¡Vuestro nombre será glorificado por toda la faz de la tierra; y realizando el mas ardiente voto de vuestro corazón, no habrá en todo el universo mas que un rebaño y un pastor!

CAPÍTULO VI.

Estado actual de la Familia en Francia.

Gracias á la saludable influencia del Catolicismo, la familia está menos degradada en Francia que en Inglaterra. No se permite el

¹ Ezech. xxxvii.